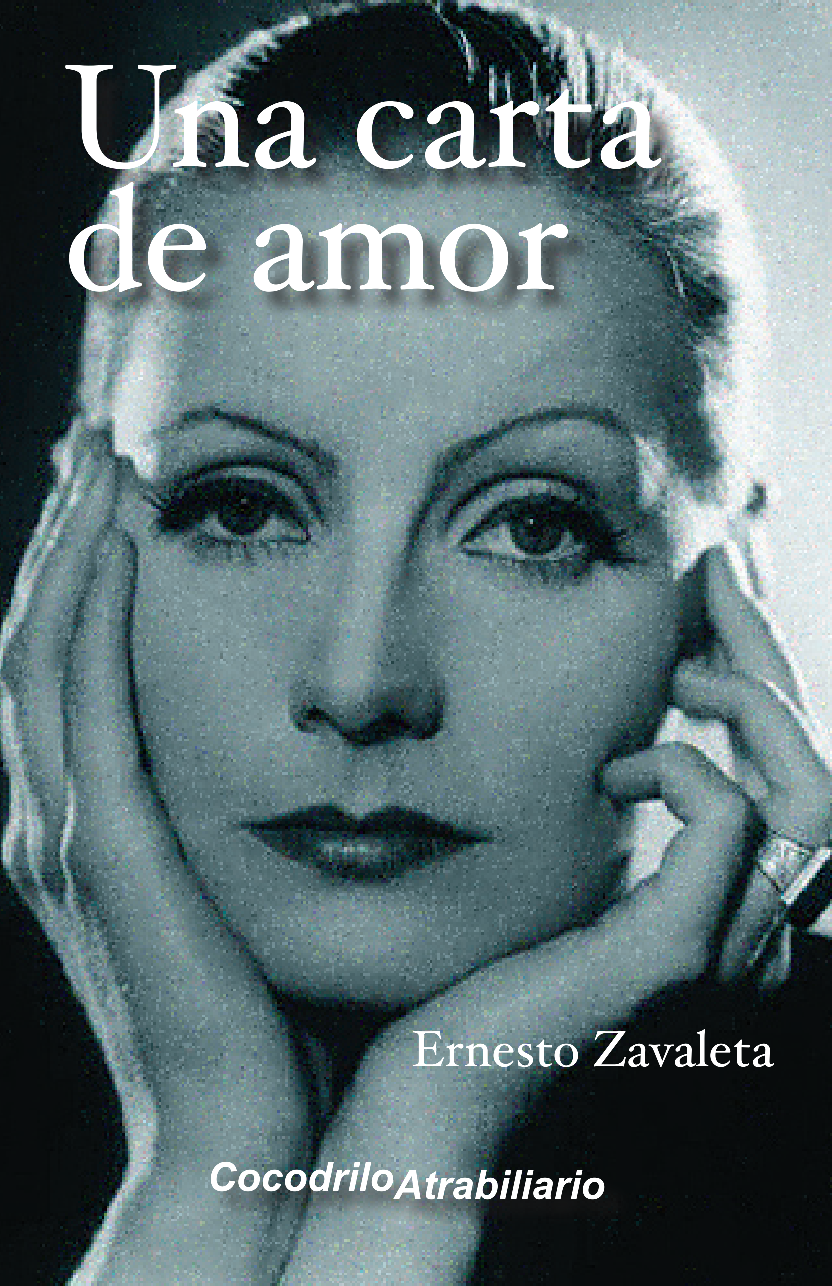


Una carta de amor

Ernesto Zavaleta

Cocodrilo Atrabiliario

cocodriloatrabiliario@yahoo.com

Hecho en México

Conocerla me cambió la vida para siempre, y sin embargo no puedo decir que la conocí realmente. Lo nuestro sólo fue una frivolidad, un intercambio de miradas furtivas, de sonrisas cuando mucho. Nunca nos dirigimos la palabra ni nos dimos siquiera un beso. Mucho menos se unieron nuestras pieles en los proverbiales ritos del amor. Y entonces, ¿qué diablos pasó que ahora la recuerdo con el cariño obsesivo que se le tiene a la mejor de las amantes y me da la nostalgia de una relación que nunca existió? ¿Cómo sucedió todo aquella mañana remota?

El inicio de mi inusitada historia de amor abre su primera página una madrugada cálida, bastante común y corriente, de enero; exactamente a las seis de la mañana con dieciséis

minutos, cuando estaba en cuenta regresiva para el inminente reingreso a la universidad luego de cuarenta días de vacaciones.

Fue una temporada de malas costumbres; el largo descanso nomás hizo de mí un holgazán, así que aquella mañana seguía cómodamente envuelto en las sábanas quince minutos después de haber gritado el despertador, aferrado a un sueño mórbido en que era un príncipe oriental muy peinado y galán al que una hurí de lengua pecadora, envuelta en vapores de azucenas, hacía gozar las delicias del paraíso. Se llamaba Iraís. Una princesa iraní raptada por piratas marroquíes durante la travesía por el Mediterráneo de un trirreme en que viajaba el embajador persa hacia Argelia. Tenía los ojos verdes, piel de oro y cabellos como el trigo. Besaba sensacional, pero estaba casada con un marrano que la había comprado en un mercado de esclavos en Etiopía. Y estaba la muy fogosa dándome besos y acariciándome la piel con el cuerpo cuando de pronto escuchamos un relincho de caballo detenido a la carrera, tres ancadas de furibundo sobre la arena y el grito terrible del cornudo que se asomaba dentro de la tienda y nos descubría en pleno

lance amoroso. Sonó un suspiro, pero no del turgente pecho de mi amante, sino de la vaina de la que salió tremenda cimitarra, blandiéndose en la mano vengativa del marrano, cuyos ojos encendidos como tizones dieron fe del terrible grito proferido por la garganta del panzudo. Se me increpaba para pornerme de pie y enfrentarme en un duelo oriental, a muerte. Pero yo me encontraba muy a gusto en los brazos suaves de mi amada, y ponerme de pie, tomar mi espada y batirme con el marido no figuraba entre mis propósitos inmediatos. Así que el agraviado comenzó a insultar mi honor por lo que consideraba cobardía mía de zanjar con el filo del acero tan ignominiosa situación para él. Iraís me miró y susurró una súplica, que el tipo estaba borracho y no tardaba en caer adormecido, que continuáramos amándonos aunque se incendiara el mundo, que pronto descubriría nuevas cimas de placer y nuevos pozos de pecado en su carne, y que al final hallaríamos juntos la redención y la bienaventuranza en el paraíso reencontrado.

Por fin me levanté, tras el beso postrero de rigor, pero no para batirme con el marrano, pues ya me había despertado completamente de ese

ensueño, sino para encaminarme al baño para la ablución matinal. Allá me recibió la cara hinchada y modorra de un muchacho escuchimizado que me miraba desde el espejo con una explosión de greñas sobre la cabeza, las arrugas de la sábana estampadas en los cachetes, las lagañas ostentándose sin ninguna vergüenza. Bien dice el filósofo: soñamos lo que queremos ser, pero nos levantamos tal como somos.

Iniciaba un día más. Allá en el baño me lavé el cuerpo y me arreglé el greñero, para luego vestirme, bajar al comedor y tomar mi desayuno (leche de virgen con avena fermentada, semillas de amapola y un poco de ron para empezar el día con una canción), y a las seis y media en punto salí a toda prisa a la esquina de la calle para tomar el transbordador. Las mismas trivialidades de la vida diaria.

Era invierno, pero la mañana se sentía cálida entre las brumas que descendían desde el cielo. La ciudad parecía un inmenso baño de vapor que difuminaba a los rascacielos y demás testimonios arquitectónicos de nuestro *art déco* doméstico, así como las palmeras gigantescas en la augusta avenida Zapata, aquí, en la antecrónica ciudad

de San Luis Potosí. El sol apenas comenzaba a insinuarse allá lejos, tras los cerros, incendiando el cielo como una explosión nuclear. (Por aquellos días se anunciaba un apocalipsis para todos desde el Golfo Persa.)

Los minutos pasaban más rápidos que los navíos aquella mañana, así que –ya se imaginarán– al cabo de lo que ya parecía un transcurso de edades geológicas, varios de los polinautas que se aglomeraban en la parada comenzaron a murmurar la idea de amotinarse en la dirección estatal del transporte, para resolver a sangre y fuego las ineficiencias de los vehículos públicos. Algunos peregrinos estaban de por sí molestos, pero no tanto por la acalorada impaciencia, sino afectados por el ámbito inusitadamente cálido y brumoso en pleno invierno boreal.

Mientras llegaba nuestra lenta embarcación, yo busqué mi propio sedante –políticamente correcto y socialmente tolerado–, y me la pasé mirando como quien no tiene la menor de las intenciones lúbricas los cuerpos inquietos y las caras expectantes de las futuras viajeras; figuras estallando de sensualidad en medio de la neblina. Las miraba con avidez, aunque no era yo el

voyeur común. ¿Qué le observaba a una mujer cuando ella capturaba mi atención? La cara, el cuerpo, las extremidades satinadas, sí. Pero yo lo hacía con la única finalidad de estudiar la manera en que la conjunción de ciertas líneas y proporciones creaban la belleza encarnada en mujer. En cada hija de la arena que descubría entre el cascajo, vislumbraba un prototipo de feminidad diferente, único, maravilloso. Un prodigio de la naturaleza, un milagro estético que debía ser contemplado con éxtasis y beatitud. No obstante, y muy a pesar de mis innumerables observaciones y de la variedad de especímenes contemplados en las diferentes regiones del mundo, jamás había encontrado una que fuera la belleza definitiva, la mujer inigualable, mi "musa inalcanzable e inmarcesible".

Por fin llegó el tan esperado paquebote.

¡Vamos, vamos!

Nos subimos apresurados por el piloto, para que la nave siguiera su ruta con carrera frenética por las excelentemente trazadas avenidas de la ciudad y nos arrojara a los unos sobre los otros cada vez que paraba para recoger más paisanos madrugadores, todos pálidos, lagañosos.

No era muy placentero el trayecto, siempre, debido a ciertas circunstancias. Con turbadora frecuencia me miraba en medio de bachilleres gandayas que te apretujaban para ganar espacio; caras adustas de prófugas del metate; obreros olorosos gracias a los recortes de agua; uno que otro burocrazombi; señoras desaliñadas que llevaban al escuincle pisoteante a la escuela; jovenzuelas mohínas que se quedaron sin asiento; pelados que se hacen los dormidos (porque donde menos caballeros hay, más asientos hacen falta). En fin, los rostros olvidables de la cotidianidad. Pero en medio de todos, de cuando en cuando alguna beldad surgía radiante de la zafiedad, igualito que la diosa Venus nace de una concha barroca, para hacer de mi insulso viaje en autobús una epifanía de luces.

Y la miraba así, como envuelta en una nube de peces tropicales, prometiéndome las delicias del paraíso sobre la tierra en la contemplación de su rostro radiante; la dulzura del mundo en sus ojos, el rocío de las estrellas en los labios, su piel un fruto prohibido, y sin embargo tan tentador, sí, delicioso y endiabladangelicamente tentador para la mano aventurera...

Y aventurera la mano, y aventurero el corazón que esquiva los guardianes espontáneos de la sagrada doncella. Paso a paso, nos aproximamos como un asesino, como un secuestrador que va por la princesa, como el tigre que acecha a la presa, y al final, cuando ya la hemos alcanzado, cuando nos mira con un brillo prometedor en las pupilas, la tomamos del talle, la aprisionamos con los brazos y vencemos su cuerpo, la inclinamos hacia atrás como se doblega a las víctimas propiciatorias, mientras nos mira con un sagrado temor y un deseo preternatural y secreto, el deseo de sucumbir a las pasiones de la carne; hace un vano intento por desasirse, pero nuestra voluntad amordaza sus temores, y así le coronamos su boca con los labios palpitantes de lujuria...

Pero, los ensueños suelen terminar abruptamente y de manera fea, e ineluctablemente cuando la rutina está en manos de individuos insensibles y pedestres. Y ahí están, como ejemplo viviente, los choferes sanluiseños: especímenes de *orangunautas** que tienen sus caprichos según el ánimo del momento. Ora

* Orangutanes que navegan por ahí. (*N. del A.*)

lo bajan a uno donde se les marcó la parada, ora se detienen nomás donde se les da la gana. Pues el comandante del navío en que íbamos tomó la decisión desconsiderada, inflexible y antidemocrática de pararse a un kilómetro del templo de sabiduría al que nos encaminábamos e indicarnos que hasta ese malecón llegaba el periplo. Algún ingenuo quiso protestar, pero fue tal el denuedo del bragado navegante que no quedó otro remedio que empezar a caminarle por los últimos territorios de la ciudad, que por aquella época, entre vastos páramos y cerros, se antojaba el fin de la civilización, un paraje exótico extraído de las crónicas de viaje de los grandes exploradores por el que deambulaba como descubridor de tierras ignotas a esas horas de la madrugada.

Yo me quedé con un regusto triste, más que indignado, al descender de la carabela y ver marcharse en dirección contraria, en medio de la multitud, entre jaulas de guacamayas, cestas de mimbre y polvaredas por las *alejandrias* tiradas por corceles, a cierta pasajera de nada mal ver y de caderas bamboleantes, en cuyo muslo había posado por un accidente mi mano diestra. Era

una aldonza de esas de las que no pasa un día sin que uno vuelva a pensar en ellas. Hasta que encontramos otra.

Digámoslo de una vez. Era yo un maniaco del misterio femenino, un aficionado voraz a la contemplación de las mujeres hermosas. Esos dechados de sensualidad que deambulan por el mundo con las garras prestas a descuartizar al primer ingenuo que caiga en sus redes nupciales, como advierte el epicúreo. Yo las admiraba como prodigios de la geometría, milagros de la naturaleza y vislumbres de un ideal. Para mí, sólo debía de haber alguna mujer por ahí. Una mujer que era la mía y de nadie más; tesoro de sexualidad para mi carne, corazón y espíritu con que el destino habría de recompensar mi estoiquérrima indiferencia a las hembras comunes y corrientes.

Claro, el celo a mis convicciones me habían granjeado infinidad de motes y reputaciones equívocas. Para las mentalidades palurdas que el azar hacía coexistir en mis contextos, era un ciudadano de Sodoma al no conocérseme amante femenina, y después un histérico sexual al no comprobárseme amoríos homosexuales y caerse

la primera acusación por el mismo argumento de la no existencia de pareja; fui llamado consecuente y alternativamente monstruo asexuado, saltimbanqui impotente, aborto de platonista, ninfómano mendaz y perverso, vampiro de lo femenino visual, onanista avorazado...

Para colmo, veíame enfrascado en una suerte de guerra de sexos con varias de mis condiscípulas, empeñadas en zaherirme por el desprecio que me atribuían hacia ellas al manifestar mi admiración ante ejemplos exóticos de feminidad, inasequibles para ellas por razones no sólo genéticas sino principalmente culturales y sociales, y refundíame así en una suerte de misoginia histórico estructural.

El amor me había resultado entelequia inalcanzable y sentimentalismo de pronta superación. Puesto que ninguna me había atrapado, ninguna valía la pena. Me ufanaba, y me contraatacaban los animales en celo, riendo algunas con rostros descompuestos de amargura por lo que declaraban estúpido machismo que me hacía dudar del amor. Se equivocaban. No eran los míos arrebatos de machuelo, sino la manifestación de una ausencia, la frustración de un

sentimiento que sólo afloraba para ser aniquilado al instante. Flor de decepción e impotencia. La razón profunda de mi conducta despótica era que no había amado ni profunda ni duraderamente a ninguna mujer. No había amado de verdad.

Aquella mañana del inicio de mi cuento de amor, viendo marcharse por el desierto a la viajera hermosa, moría la madrugada para dar paso al nuevo día; la noche se transfiguraba y yo también sentía como si algo en mí estuviera a punto de transformarse.

Caminé, ¿cuánto? Diez, quince minutos hasta llegar a mi destino. Ya en el templo del saber, me encontré con algunos camaradas quienes, entre bostezos postreros y una que otra cabezadita, iniciaron una cháchara sobre las aventuras de las vacaciones y sus conquistas amorosas; travesuras entre las sábanas, cultos dionisiacos a las pieles, repaso de anatomías juveniles hasta el tedio y desfloraciones de putillas.

Yo me retiré a copiar la minuta académica publicada en la administración, aburrido de enterarme de las exquisiteces que, no es por degradarlas, pero hasta las de la calle dan. Echaba de menos algo extraordinario en mi vida.

Ignoraba que una circunstancia inesperada estaba por cambiar la perspectiva en que me encontraba.

No tenía ni dos minutos apuntando el programa semestral, cuando sentí un golpe de vista que me venía de la izquierda. Me volví, para descubrir en el acto de la mirona a una garbosa chamaca que se turbó y apartó rápido los ojos de mí, como si la hubiera sorprendido en una inmoralidad. (También hubo una luz en sus ojos en esa primera hora. ¿Amor? Una semilla.)

Yo volví a lo mío como si nada. ¡Mentira! Su mirar me provocó la inveterada vanidad bipolar del misógino. Cuando una guapilla me miraba, sentía una lava ardiente corriendo por mis venas, un tumulto de murciélagos en el pecho y un cosquilleo lúbrico en las regiones del placer, pero también un dejo de desprecio por esa que me parecía una mujer poco discreta, incluso una buscona. Normalmente terminaba por olvidarme de una mujer así. Yo la ignoré.

Al poco tiempo, sentí otra vez la invasión de su mirada... pero, al encontrarse nuestros ojos, ahora mantuvo su atención... y al cabo de unos extraordinarios segundos, apartó su vista de

manera sutil, más segura de sí misma, como si ya estuviera haciéndose experiencia de mirona furtiva, como si dijera "a mí también me importa un carajo, pero igual quiero conocer el alfil de tus batallas". Y sin embargo, su incipiente curiosidad no dejaba de ser vulnerable.

Diversos sentimientos afloraron en mí: vergüenza, por la injuria inicial contra ella; vanidad, al verme mirado por una muchacha de nada mal contemplar; felicidad, por la posibilidad que insinuaba su mirada; compasión, como pálpito simultáneo de nuestros corazones; cariño, por la fragilidad de ese merodeo que mostraba a un desconocido y, sí, mi naturaleza también se hinchó de sangre al mirar aquel curioseo esquivo, esa timidez erótica de la desconocida que la hacía adorable, ese cuerpo apetitoso, tentador en mi prolongado ayuno, y ese rostro de nariz afilada que le daba un aire a Greta Garbo.

Hay mujeres cuya mirada inspira ternura; hay mujeres cuyo rostro nos llena de amor. Mujeres que nomás de verlas dan ganas de apapacharlas, de crear vida junto con ellas. Ella me atrajo con la fuerza inapelable de un placer sublime, añejo y ocasional.

Era el descubrimiento de un nuevo continente para la mirada, alegría renovada para mi solitario corazón y mi pupila aburrida. Esperanza renovada para uno que había olvidado la naturaleza de su ser y que por un instante volvió a sentir el pálpito de la humanidad. El año académico se iniciaba así con la promesa de una aventura que se me antojaba de antología. Un pájaro certero pasó volando y me disparó mierda al zapato.

Fue el inicio de días más felices.
La primera impresión que tuve de ella evolucionó, conforme pasaron los días, en la felicidad cotidiana de hacerle el amor en el universo alternativo de mi imaginación. En esa realidad paralela, trascendía la solidez de nuestros cuerpos y remontaba las distancias para poner en comunión nuestros espíritus. Nos besábamos tan sólo con el brillo amoroso de los ojos cuando nos encontrábamos en aquella muchedumbre de amantes inconspicuos que era la muchachada en receso.

Sí. El embeleso me traía de un ala viviendo una realidad alternativa que me excitaba las neuronas para donarme sensaciones embriagadoras

y surrealistas. Ella siempre estaba a mi lado, aun cuando no se encontrara en los lugares que habitaba. Era ella en la cocina, preparando pato en salsas de rosas; ella en el baño, tras el espejo; ella en la sala, escuchando un jazz africanizado, bailando al compás de un nirvana musical; ella en la recámara escondiendo bajo la cama o dentro del closet su sonrisa ubicua. Ella en el interior y afuera. La miraba en el jardín Colón, entre alcatraces y aves del paraíso; en la plaza, caminando desenfadada en su vestido lapizlázuli y con las manos enguantadas en seda; cruzando a mi lado una calle de enamorados en el centro histórico; montada en bicicleta por el bulevar del río Santiago, desafiando a los bólidos. En el mercado, miraba su figura deambulando por los pasillos, encarnada en una muchacha que llevaba la cesta llena de frutas. Cuando iba al parque Tangamanga, a leer resfrescado por el vientecillo de la tarde, escuchaba su voz entre los árboles y los cristalinos reflejos del agua; y compartíamos la cama durante las noches, y hasta sentía codazos de ella cuando la aprisionaba de más con mi cuerpo abismado en lo profundo del sueño. Por la mañana, pensando en ella me

preparaba el desayuno para tenerlo listo sin que me diera cuenta, y así era como si alguien más, ella, me lo hubiera preparado con mucho amor; en el cine, siempre me sentaba al lado de una butaca vacía porque ella estaba en el tocador y no tardaba en venir a mi lado. Y cuando hablaba solo no es que estuviera loco o estudiara en voz alta mis lecciones o me deleitara como un onanista con las sonoridades de la poesía, es que estaba con ella. Y con ella intercambiaba ideas, y a ella le contaba mis problemas, con ella me reía y sólo de ella aceptaba reproches, y juntos descubríamos las constelaciones y jugábamos a la lotería y a los palillos chinos. Y sólo de ella aceptaba el abandono, la desazón, la duda de que esto que llamamos amor no es más que una ilusión. Pero esto no era una quimera, y ahí estaba ella, de nuevo, para confirmarlo.

Yo no dormía más que para levantarme temprano y encaminarme al templo del amor y admirar a la juvenil feminidad que me elevaba a mi nirvana personal. Todos los días la miraba llegar con esos aires de una Greta Garbo estudiantil. La nariz arrogante, seductora; los andares de gacela montuna presumida; generoso el

bullarengue; femenino el seno, provocador; una sonrisa campechana que daba felicidad; lentes oscuros cual diosa de la pantalla, o acaso para que no la viera mirándome, la zorra astuta.

Aguardaba con impaciencia los momentos en que podía verla entre clase y clase. Aquí entre nos, me importaban un carajo las peroratas somníferas de los profesores. Ni caso les hacía, y mi actitud –por supuesto– indignaba a los paletos que tenían a los académicos como una aristocracia circunspecta de la sabiduría ante la cual debe inclinarse uno con respeto y admiración. Pero, ¿en serio cree alguien que deba uno honrar como dechados de humanismo a una galería de payasos? Teníamos, por ejemplo, al Picochulo, infame profesor de manipulación de las masas y comunicación disuasiva, quien disfrutaba sus desplantes de poder sobre el alumnado: a uno lo reprobó sin contemplaciones por no haber leído *El capital* de Marx, aunque traía un ensayo sobre los cuadernos de la cárcel de Gramsci; el Ojo Avizor, nuestro mentor en voyerismo gráfico, al que se le iban los ojos con los frutos maduros de las compañeras y era el primero en señalarnos a los albañiles que iban a parir mierda entre los

arbustos, allá en el páramo; Madame Sade, que debía enseñarnos anglishka, pero se la pasaba recriminándonos a los hombres por traicioneros y de quien se decía tenía la costumbre de someter a su marido a la infamante tortura del *spanking* cuando osaba mirar de más a las cajeras de Chalita; el Mil Máscaras, normalista esquizoide con la extraordinaria habilidad de adoptar una apariencia según el ánimo del momento. (Hoy se vino con talante de Gustavo Díaz Ordaz.) En fin, estaban el Chango, el Yunque, el Hijo de la Biznaga, el Madrina, el Pimp, la Twin Peaks…

Al carajo con esos preceptores de mierda. Todo lo que yo esperaba del día era los recesos para salir del salón y buscar a mi amada con exactitud cronométrica y el ojo del francotirador entre el hato de badulaques y cretinos que se hacían pasar por estudiantes.

La belleza de mi amada me vivificaba con fuerza extraordinaria. Con una sola mirada me tomaba mi vitamina para todo el día. A veces hasta recibía el bono extraordinario de un atisbo risueño, de la felicidad de mirarme mirarla, de ser cómplices de una aventura, de una *liaison* prohibida y escandalosa.

Mirándola la amaba, y viéndola mirándome me sentía pleno. Ya me sentía muy satisfecho del placer que me provocaba mi coyunda mental. Ahora sí, me iba muy campechano a replicar con armas de destrucción retórica las agresiones verbales de las corrosivas, belicosas y mendaces compañeras de aula. Todo era muy bonito, sí, aunque tras varias semanas de embeleso todavía no sabía su nombre ni nada de ella. Era mi amada anónima. Mi amor debía mantener la emoción de lo secreto; ultimadamente, no era para el conocimiento ni desencanto de la chusma que me había aficionado a una mujer. Mi amor era sublime por inconfesado como el del Dante a su Beatriz o el de Alonso a su Dulcinea. Si decidí enviar un espía para informarme, fue sólo por la curiosidad de saber el nombre verdadero de mi musa, para acercarme un poquito más a ella repitiendo los dulces sonidos que evocaban tan agraciada manifestación. Pero acabó llevándome el carajo.

Más me hubiera valido no haber andado de preguntón de lejos, y así me hubiera evitado las malas noticias. La odiosa realidad que no hace sino descomponer las cosas. Mi oficioso infor-

mante no sólo me trajo el nombre de ella, sino me enteró con un dejo de saña gozosa de que mi amorcito iba a celebrar un fausto esponsal apenas terminara la licenciatura, a fin del semestre. Veneno para los calenturientos.

Yo me quedé alarmado porque esa posibilidad no la había tomado en cuenta. Y menos había previsto otras pasiones que surgieron en ese preciso momento. Los celos. Sí, lo confieso, me dieron celos, pero no los celos vulgares de que ella nunca sería mía. Lo que me podría la vida era que el ideal del que me había enamorado, la diosa que alentaba mi existencia, se encarnara en una mujer común y corriente; una muchacha que se entregaba como borrego al convencionalismo de la vida marital. Sentía que la perdía, pero como concepto, como amante abstracta que se descomponía en la insulsez de los estereotipos sociales. ¡Qué burda! ¡Qué villano el tipo que degradaba de esa manera a la diosa del amor! Mi alma se revolvía en la furia por esa pérdida, esa perversión del ideal femenino liquidado en las pútridas miasmas de la vulgaridad.

Tenía que recuperarla. Recobrarla en mis ensueños y mis anhelos, en mis días y mis noches,

en la memoria, en esas neuronas que se encendían cuando pensaba en ella y que me hacían vivir momentos inenarrables de felicidad.

Ahí, en el país de lo breve e inmaterial, yo la amaba, besaba su espectro, acariciaba las innumerables posibilidades de su espíritu y la nombraba, la llamé Fermina, como en la novela de los amores desgraciados.

Y ahora que ella se me escapaba de las manos como se escurre una ofrenda de agua por entre los dedos, la amaba más que nunca, la amaba con más fuerza; me le rendía como se ama en Venus, en donde los amantes simplemente se aman con los ojos, con el pensamiento y palabras amables, amorosas, con la electricidad vital que irradian sus pieles distantes e intocadas.

No era eterna su memoria, sin embargo. Conforme pasaron los días, la imagen ya no se me aparecía espontáneamente, sino que debía hacer fuerza de neuronas para ver el rostro de mi amada dentro de mi sesera. Así, la nítida aparición que de ella tenía al principio pasó a ser un vislumbre resplandeciente en la lobreguez de mis ojos cerrados, que se diluía poco a poco. Y al cabo de un mes, la imagen se hizo borrosa

y apenas podía verse un como manchón destellante en el cual sus facciones se perdían entre las de aquellas que en otro tiempo ocuparon mis manos y mis pensamientos.

La perdía definitivamente, y así se me impuso un plazo fatal para recuperar el último vestigio. No pude resistir el impulso de capturar su figura usando los medios más toscos.

Ésa fue la razón por la que cierta madrugada me fui más temprano de lo acostumbrado al santuario vestal para secuestrar la imagen de mi princesa, a esperarla a la luz de la luna en el templo de mi amor. Fue una espera en la que los minutos transcurrían como una vigilia para el cadalso, con el solo consuelo de una última mirada a la hermosura del mundo. Mi pensamiento postrero, una súplica, gota poética:

> Dígame por favor, señora Luna,
> usted que navega en las alturas,
> ¿acaso viene ya por la duna
> la musa de mis aventuras?

Pero ni la Luna alcanzaba a ver a mi amada. Quizá ni le importaba, a ella que se alza so-

berbia por sobre los efímeros; mejor bostezaba aburrida de su antecrónica y eterna labor sideral: alumbrar los amoríos furtivos. Amores furtivos que alumbran los vestigios cristalinos de lo que fuimos alguna vez, de lo que aún podemos ser; decantados, forjados en el acero fundido de este sentimiento, único verdadero, que es el reconocimiento anhelante, la aleación con la pareja.

La noche se amalgamaba, también, con el nuevo día, en esa hora solitaria en la que, no obstante, no me encontraba solo. Una criatura pasó zigzagueando, como un suspiro anhelante, a poca distancia de mis ansias. Señora viborilla, usted que de todo se entera, ¿ya viene por ahí mi amorcito? *No, todavía se va a tardar un rato. Se está peinando, se está poniendo muy mona para que la retrates.*

Pues qué bueno que trajimos el invento, la caja que atrapa las cosas y las deja impresas para siempre en la memoria del papel; para recordarla yo, para que todos la vean y se enamoren de ella, para que sientan hondo el mismo apego que siento por ella, para que las generaciones le rindan tributo a su belleza intacta, para que viva por siempre.

Y por siempre, por siempre, mi amor, viviremos dichosos con el recuerdo de que, alguna vez, tan sólo existió la posibilidad de unirnos en un solo cuerpo; que juntos dejamos el oscuro capullo del gusano, y nos convertimos en una mariposa de fuego que cruzó la noche y trazó la frontera de un nuevo país.

Palomillas oscuras cruzaban delante de la Luna y me volaban dentro del vientre mientras aguardaba la venida de mi posibilidad en ese último amanecer.

En tanto, la vida continuaba haciendo su aparición. Hermano conejo, ¿viene ya mi amada? *Por favor, no moleste. Bastante tengo con los fraccionadores inescrupulosos que me arruinaron el hogar. No tengo ya por dónde pasear ni los niños dónde jugar. Todo no son más que ruinas, todo se ha perdido, ¿por qué no podemos vivir como hermanos?* La luna brillaba en el agua de sus ojillos negros. Tenía nostalgia, nostalgia de otras cosas, pero con la misma hondura que yo sentía la ausencia de mi querida. Anhelo de mirarla una vez más, y otra y otra como un maniaco hasta el final de la procesión de días y noches en este teatro del

mundo, contemplados como criaturas minúsculas por dioses igualmente obsesivos. Y así, yo miraba el milagro de la vida minúscula a mis pies. Compañeras hormigas, ¿qué se dice en la comuna?, ¿ya viene? *Sin novedad, camarada. Nada que viene.* La que vino fue una pelirroja de labios azulados que empezó a acariciarme la barbilla con sus manos suaves como azucenas. *Te prometo amor si la dejas a ella. Toma mi cuerpo ahora. No pienses en el mañana. Goza hoy, que mañana nada tendrás.* No, yo la quiero a ella. El amor que busco no es de un solo día. No es verdadero si no perdura. Vete con tu amor efímero, vete con ese cuerpo delicioso tuyo que al fin alimentará a los gusanos. Y se fue. Luego, vinieron tres morenas montadas en mariposas nocturnas. Amor sensual multiplicado por tres. *Danos tu amor. No lo malgastes nomás con una. Nosotras somos tres; tres veces te daremos amor y tres veces nos amarás.* Y yo tres veces les digo que no, a ver si así entienden, que podrán venir todas las mujeres del mundo y yo sólo quiero a una. *Esa que dices querer no es tuya; a otro le dará su amor, y tú tres mil veces idiota serás.* El amor nunca es idiota, el amor verdadero arropa

la felicidad del amado y aviva al amante. No ser amado por ella será mi aflicción, pero mi amor por ella es mi felicidad. Cuando la amo, la tengo en mi corazón y me llena de vida, ¿quién me puede quitar eso, cabronas?

Y las muy tercas retorcían sus cuerpos y chillaban de frustración porque fracasaban todas sus seducciones. Me colmaron de injurias, primero, y luego se me acercaron para acariciarme el cuerpo con sus manos, suaves, pero coronadas con tremendas uñas que semejaban garras de aguiluchos. Los ojos, brillantes como zafiros al rojo vivo; el ceño, terrible como canes salvajes, para poner pronto semblante de inocencia y rogarme cariñosamente por un besito. Una de ellas tomó incluso mi mano, y la llevó a posar sobre sus nalgas carnosas y duras. Yo se las palpé por la pura curiosidad científica de catar si se trataban de mujeres reales o puras ficciones de mi mente somnolienta, y también como hipnotizado, cual incauto pajarillo, por los ojos de esa hórrida cobra que se aprestaba a devorarme vivo, pero al darme cuenta de que no eran manifestaciones verdaderas sino simples fantasmas que nomás venían a jorobar, les dije una vez más que me dejaran en

paz y que mejor se fueran al jardín de San Juan de Dios, en donde mujeres como ellas encuentran mejor fortuna con los gañanes y aprendices de machorrio. Ellas dieron un grito espantoso y volaron con alas de fuego que lamían el cielo hacia la negrura del espacio, profiriendo maldiciones impublicables a las que tuve responder alzando el codo de las mentadas.

Me quedé jadeando en medio de la noche, acompañado únicamente por el canto lejano de los grillos y la convicción de no volver a escuchar recomendaciones de la tienda naturista para desayunar licuados con semilla de amapola. Finalmente, se me apaciguó la lujuria que las infernales lograron encender en mis países bajos y que con grande esfuerzo apenas pude contener por amor a mi Fermina, y al rato los minúsculos animalitos también se callaron. ¡Hey!, ¿afinan sus instrumentos para recibirla con una serenata, ahora que viene? *¡No, maese! ¡Estamos cansados de tanto cantar y hartos de tanto chupar mezcal! ¡Ya nos vamos pa' la casa! ¡Que venga pronto!* Pero todavía faltaba rato para la venida de mi princesa.

La luna, de por sí mocha como gajo de mandarina, comenzaba a desvanecerse conforme se ilu-

minaba el cielo y se preludiaba el arribo de otras formas de vida, los temibles monos *sapiens*.

Así, las luces del sol naciente trajeron los primeros automóviles. Los alumnos y los profesores; el personal de limpieza y administrativo. Poco a poco, la bucólica soledad que me rodeaba fue convirtiéndose en un guirigay urbano que me conminaba a bajar de mi mundo fantástico al mundanal, coronado –no obstante– por una media luna que desafiaba al sol en el inmenso cuadrilásfero celeste, de manera que –permítaseme la digresión para referir una anécdota curiosa– cuando llegó el profesor *Mil Máscaras,* en guisa de hombre invisible y ostentando un ridículo bombín sobre la cabeza –transparente–, no hizo más que pasar delante de la Luna y el infame hasta parecía un Magritte viviente. Y no hubo, aparte de mí, quien pudiera admirar esa obra del azar, esa broma sardónica de los dioses, manifestación del arte surrealista en la vida real, entretenidos todos en las trivialidades de su vida privada.

Para entonces ya me rodeaba la gente. Las conocidas que nunca me dirigían la palabra y las que me importaban un carajo. Los que me

miraban torvos, los indiferentes, los que me saludaban entusiastamente. Rumores de *jeans,* vaivenes de piernas. Manos que se movían en el aire, inclinaciones corteses de cabezas, ojillos coquetos de féminas, uno que otro beso amistoso. Mi displicencia, atizada por el afán de no perderme la llegada de mi Fermina.

Y así pasó otro hatajo de minutos.

Dieron las siete y cuarto, y aunque mi amada no había llegado, mi ojo ávido la sentía inminente, la sabía inexorable como las mareas.

Tic, tic, tic, tic, tic, tic…

El segundero avanzaba con la diligencia de un ciempiés minúsculo. Nervios, desesperación. Ya viene, sin duda ahora sí está por llegar. La anticipaba. El ansia entorpecía mi cuerpo con espasmos paralizantes. Nada que llegaba. Todo mundo estaba ya en la escuela. Hasta los más holgazanes ya habían llegado, y de mi amada, ni sus luces. Pronto llegó la hora de la primera sesión en las aulas. Todos se metieron, excepto un pequeño grupo que, rezagado, me miraba casualmente mientras reía con impudicia de algún chiste o broma que, por mera coincidencia, a mí me ofendía como burla personal.

Me quedé en el patio, solo, como un vago, irresponsable, desairando la impartición de enseñanza durante varios minutos, hasta que por fin me convencí de que ese día mi amorcito de plano no iba a presentarse. ¡Rayos! Debe de andar haciendo alguno de sus mil preparativos para la boda. A lo mejor hasta se quedó entre las sábanas, enredada entre las extremidades del tipo con que se va a coyundar, ¡la puta infame!

Y así, maldiciendo a mi amada para curarme los celos infernales, tapé la lente de mi cámara fotográfica, me puse de pie para irme al carajo, y justo en ese momento, Fermina arribó con una sonrisa exultante.

Venía extrovertida su sensualidad. Las caderas, ceñidas por una faldita color olivo; al aire, los muslos duros, dorados. Mi casto platonismo se concedió un momento de libertinaje. Sólo con verla venir tomo la cámara con mano temblorosa de emoción, le apunto sin mirar por el visor para capturar ese dechado de perfección y ¡clic! cuando adelanta la pierna derecha, con sus aires imponentes de diva que desfía a las centellas disparadas por paparazzi ávidos por capturar un solo testimonio de la venida de la diosa Leda.

¡Clic! Amenazadora como una pantera que acecha entre la maleza a un incauto reportero del National Geographic que pronto será su almuerzo. ¡Clic! Se vuelve completamente de espaldas al llamado de una amiga rezagada. Me deja ver así la contraportada de su anatomía. Conjunción perfecta de rectas y sinuosidades en el diseño de sus piernas y sus caderas. Perfecta armonía de las nalgas con la brevedad de la cintura y el torso. Los hombros, desnudos; suavidad de la piel que conduce ineluctablemente al cuello y de ahí a la mandíbula y a los labios. Su perfil recortado contra la blancura del cielo se vuelve hacia nosotros, y hacia nosotros se encamina toda la belleza del mundo montada sobre un par de piernas desinhibidas.

Y toda la hermosura del paisaje, capturada por la cámara. Perfecto, ¿verdad? Pues no: alguien olvidó destapar la lente de la cámara. Y yo lo descubrí cuando Fermina se encontraba a unos cuantos pasos de mí. Lo que hasta ese momento había sido un plan sencillo, calculado fríamente y ejecutado con diligencia, se convirtió en febril improvisación, torpe reaccionar. Quité la tapa de la lente, apunté descaradamente hacia

ella, enfoqué y tomé la foto en menos tiempo del que toma leerlo. Y para estar seguro, tomé una segunda foto cuando me separaban de ella dos zancadas de muchacha. La sentí tan próxima que fue como un cuchillo abriendo mi pecho, como una compenetración de almas atraídas por fuerzas electrostáticas. Y hasta la olí.

Su aroma me decepcionó. Yo quería que oliera como un jardín de lirios, pero ella llegó oliendo a sobaco sudado apenas disimulado por un mal aroma a vainilla. De todos modos, para mí su feminidad estaba como envuelta en hojas de plátano y su aliento era más fresco que el eucalipto o que la brisa del mar; su piel era más aromática que una azucena y más incitante toda ella que la ninfa para el sátiro.

Nada de discreción a estas alturas de las cosas. Mientras la enfocaba, la seguía con la lente, así que no le quedaba duda alguna de a quién quería aprisionar el cazador de la cámara. Tomé una última foto cuando no podía torcer más el cuello sin parecer tornillo. Yo no quería que me viera retratándola, pero me falló el intento y dejé descubiertas mis intenciones. Para colmo, ni siquiera salieron bien las dichosas fotos.

Por torpe me quedé sin la imagen de mi amada. Pero un suceso extraordinario habría de donarme la única prenda (el trofeo) para mis anhelos.

Algunos días más tarde, un grupo de campesinos y albañiles se arremolinaba, en el páramo que circundaba la facultad, ante algo que yo no alcanzaba a ver de qué se trataba. Aquella mañana, me escapé de la sesión con el preceptor en turno debido a cierto acontecimiento extraordinario e inapelable. Ahí estaba yo, no en el salón de clase, sino en el campo, a unos pasos de una decena de gente arremolinada viendo con religiosidad una escena excepcional. Una yegua paría a su potrillo. ¿Qué pasa, mamá?, preguntó un niño cuyo rostro atezado recordaba a los antiguos mayas. La yegüita va a tener un hijo, respondió la descendiente de los remotos. Apenas oí, me olvidé del motivo por el que había ido hasta allá, lejos de la facultad, y estiré el cuello por encima de unos sombreros de ixtle que tenía delante. Ya podía ver un poco. La yegua estaba de pie, resoplando su extenuación; sudorosa, temerosa de la gente. Un bulto viscoso se le asomaba en el cuerpo como capullo que poco a poco se iba haciendo más grande y con formas

mejor definidas, conforme la yegua pujaba para expulsarlo, hasta que acabó por ser depositado en el suelo. La criatura que surgió de la yegua se quedó un momento sobre la yerba seca; indefensa, desamparada. Sacudió su cabeza, con los ojillos entrecerrados que apenas abría a la vida. Hizo dos movimientos espasmódicos como para ponerse de pie, pero la gravedad la venció; así, permaneció echada un momento sobre la yerba seca y la tierra, y al cabo logró erguirse con una torpeza que inspiraba lástima. Su madre se acercó y comenzó a acariciarlo con la cabeza, mirando con miedo instintivo a la gente que la rodeaba a ella y a su cría. Una vez satisfecha la curiosidad, y como si entendieran la santidad de esa privacidad que les demandaba la yegua, todos se dispusieron a marcharse, dejando atrás esa visión insólita en medio de la ciudad que se extendía inmisericorde.

Pero no era ese el suceso extraordinario que me proponía narrar, sino otro acontecimiento, para mí igualmente maravilloso, que había ocurrido unos cuantos minutos antes.

Esa mañana, Fermina exhibía su belleza desde el balcón, como una Margarita que presidía

un desfile fáustico ante el palacio imperial. Era una princesa inquieta, juguetona con dos de sus cortesanas. Me había mirado por un momento, pero siguió jugando como si yo no estuviera viéndola o como si no me hubiera descubierto, o simplemente le importara un real carajo. En medio del jugueteo con sus damas de compañía, se soltó una mascada de seda que tenía anudada al cuello, y con ella se vendó los ojos. Volvió su rostro hacia mí, mirándome apenas sus ojos desde aquella muelle prisión, y aprovechando su ceguera circunstancial para lanzarme, impulsado por su mano grácil, un inocente beso a la distancia. Rió feliz, burloncilla, y en un instante se quitó la mascada para cubrirse la boca con ella, como una odalisca, como una princesa raptada, una bandolera del amor. Así vendada con la mascada, dio unos suaves contoneos mirando al cielo (sólo un segundo, a mis ojos), y finalmente se la quitó para elevarla al aire, para hacer el acto de una despedida, como diciéndole hasta nunca a un amigo que se marchaba al exilio y que, por supuesto, no era yo. No me miraba la canija mientras hacía el teatrito de la despedida, haciendo como si yo no existiera, como si no

fuera yo el amante al que decía adiós con tanta tristeza en su semblante burlón, excepto por una brevedad de esas en que estallan las fuerzas creadoras del universo. Sí, por un momento, por un solo momento milagroso, torció los ojillos con la indomable curiosidad de verme la fisonomía descompuesta por el sutil desaire. Y estando ella en esa guisa, de pronto una ráfaga traicionera le arrancó la mascada y se la llevó volando a lo lejos, hacia las nubes habitadas por las sirenas del aire, al país del amor. No, a unos arbustos lejanos, más allá de la carretera que dividía la civilización del desierto. Fermina simplemente dio por perdida la prenda. Con la consabida flema potosina, que pone cara indiferente, por pura vergüenza, ante los sucesos malhadados, se volvió de espaldas y junto con sus amigas se metió a sus aposentos estudiantiles. Y mientras todo mundo hizo lo mismo, un solitario encaminó sus aficiones más profundas hacia aquella mascada de seda que cayó entre los arbustos...

Hubo, después, otro suceso extraordinario en el desenvolvimiento de mi *affaire* con Fermina. Habían pasado algunas semanas de la fracasada misión voyeurisgráfica, cuando una matrona

tlaxcalteca se me vino prácticamente a las manos, con furia solamente comparable a la de los hecatonqueros de los titanes tan temidos, acusándome de que andaba de perverso con mi cámara fotográfica y que se me debía ajusticiar sumariamente, que se me expulsara, que se me quemara vivo; me decapitaran, ahorcaran, ahogaran, desollaran, desmembraran, apalearan, lapidaran, acuchillaran, fusilaran, electrocutaran, asfixiaran con gases, envenenaran, emparedaran, desangraran, empalaran, infectaran con virus, retorcieran, estiraran, hambrearan, secaran, drenaran... La Inquisición reclamaba su fuero ante las pasiones criminales que se incubaban en mi pecho, se erguía encabronadamente autoritaria contra mis anhelos. Era la furia de los titanes que se yergue contra el héroe que intenta robar el fuego divino. Peligrosa pasión, sin duda, mi querido Heracles, es el despecho de ciertas mujeres. Y peligrosa, sin duda, era la ciclópea fémina que se me plantaba energúmena sin ninguna consideración a las leyes de la proxémica*. Así de peliaguda la situación, opuse un escudo de indiferencia a sus acusacio-

* Se refiere al empleo y a la percepción que el ser humano hace de su espacio físico, de su intimidad personal; de cómo y con quién lo utiliza. *(N. del E.)*

nes, desaforadas y muy seguramente inspiradas por la más inflamada envidia, pues ciertamente la ira encarnada aquella tenía una fisonomía tan agraciada como figurilla prehistórica o una escultura de Botero. Total, luego de recibir con estoicismo toda una sarta de injurias y capotear esas manazas que se blandían a pocos centímetros de mi nariz, acabamos por proferirnos aseveraciones injuriosas y mandarnos cada uno a las antípodas, echándonos recordatorios muy feos a nuestras sacrosantas madrecitas y lanzándonos muchas flechas más emponzoñadas de rencor.

¿Por qué demonios tenía que venir ese monstruo a perturbar mi dicha? ¿Por qué tenía que haber venido a sacar de mí lo peor de la condición humana: la violencia, ese lado oscuro, pulsión de muerte que nos degrada? ¿No somos acaso, o no queremos, al menos, ser como los dioses: seres elevados, artífices de lo sublime? ¿O es que la condición misma de los dioses es la de dar rienda suelta a sus pasiones, incluyendo las que destruyen a sus enemigos? Esas y otras reflexiones me inquietaban tras la batalla con el engendro aquel, cuando se me dejaron venir dos condiscípulas para reconfortarme por la ca-

lurosa discusión que, sí, acababan de presenciar, y pedirme que las ayudara con una lección de filosofía con que iban a examinarlas, con que nos iban a examinar a todos, con que me iban a reprobar y poner a punto de la expulsión. Y todo esto, en fin, no es el suceso extraordinario que ocurrió entonces, sino el tan anunciado acontecimiento fue que, cuando estaba flanqueado por mis dos amigas, bajó por las escaleras mi amada Fermina, que también había presenciado divertida mi pugilato con la venus de Willendorf, que así había sido testigo de los azares que debía enfrentar mi devoción, y caminando a menos de quince metros de donde me encontraba con las condiscípulas mías, alzó sus gafas de sol sobre la frente, me miró con un dejo de ternura, alzó su manita saludadora, con cierto anillo ominoso en el anular, y me lanzó un "¡adiós, corazón!" que hizo a mis dos compañeras atacarse de la risa y empezar a fregarme con los consabidos *uyuyúi, qué calladito se lo tenía, compañero.*

Y así al gallo le picaron la cresta.

Hay actos que constituyen, sin lugar a dudas para el general, un acto de guerra que debe ser

respondido de inmediato. No acometer acción alguna contra el enemigo resultará no sólo en humillación para el ofendido, sino que incitará nuevas y mayores ofensas, pues bien dicen los maestros de la arte bélica de la antigüedad que toda fechoría sin castigo engendra nuevos desaguisados y que todo delincuente impune es enemigo de la moderación.

A mí no me importaba lo que anduviera diciendo la gorda iracunda o lo que propalara cualquiera. Yo andaba con el orgullo herido por la interpelación de mi Fermina. Así que me llamó *su amorcito*, con ese dejo de ironía retadora, con esas ganas de ponerme en ridículo delante de las cabronas de mis dos compañeras, de toda la escuela, del mundo entero. ¡Diantre de señorita! ¡Hija de su chingada madre!

Tenía que vengarme de esa incursión aérea sobre territorio guachichil. Debía satisfacer la necesidad acuciante de burlarme ahora yo de ella, de escarnecerla declarándole un amor que de pronto la iba a encarar y la iba a dejar en una disyuntiva. Y a ver ahora qué hace ella y qué cara pone el zoquete de su marido en ciernes. Sí, esa iba a ser mi revancha: someter su fidelidad a una

prueba. Y también, emprender una acción para taparle de veras la boca a la muchacha engreída, para bajarle los humos, para que la cabrona no dijera que nunca me atreví.

Y así, me senté y empecé a escribir, con un pálpito en las venas, un tumulto en la cabeza y muchas ganas de darle su merecido a mi princesa:

> *¿Y si acaso todo esto no fuera sino una cruel conspiración para someterme al suplicio de Tántalo, vida mía?: estar cerca de ti, y sin embargo, siempre lejano. Piensa en todas las peripecias que han tenido que sortear tu vida y la mía a lo largo de todos estos años, evos de soledad por tu ausencia, para al fin vislumbrarnos y considerar, tan sólo, la posibilidad de unirnos. Y piensa que si nuestro destino es el fuego eterno que es el amor, acaso el mundo se podría acabar y destruirse todo el universo si no consumamos aquello para lo que se nos predestinó. Y nuestro amor sería, entonces, bendito sacrificio redentor de este mundo sumido en las tinieblas; sería esperanza de vida, preludio al ciclo eterno de la reproducción de la vida.*

Tengo la esperanza de que tu corazón sabrá emparejarse con el ritmo de los enamorados para apartarme de la senda tortuosa que es la vida sin tus miradas y la mudez de tu boca. He desnudado mi alma ante ti, espero que sepas corresponder.

Demasiado odio hay ya en el mundo para frustrar obstinadamente, de nuevo, la misión sublime que es labor humana, amor. Demasiado largos y apartados han sido hasta ahora nuestros caminos para pensar que si nos hemos encontrado es por infecunda casualidad. No, así tenía que ser, mi amor. Que se incendie el mundo inhumano y surja nueva vida del fuego de nuestro amor; que si se derrame sangre sea para traer esperanza, para crear, para vivir y perdurar en estirpe. Que crezca la semilla de la vida, y que no sea de maldad.

Una vez redactada la dichosa carta, sólo me faltaba ingeniármelas para que llegara a manos de Fermina sin que nadie se enterara, sin que nadie me viera dándosela a ella o poniéndosela

al alcance de la manita. ¿Vale la pena señalar que en medio de tanta jovenzuela universitaria –léase en medio de tanta inocencia, de tanta discreción y respeto a la vida privada de las moscas– me enfrentaba a una peligrosísima misión de contraespionaje? *("¡Santo, Santo! ¡Aquí agente 69! ¡Ya se #$%* a James Bond!")* El *asunto,* pues, requería una acción soterrada y exquisita. Me persuadía de que mi carta era un documento de importancia capital, uno de esos sucesos que cambian para siempre las tentativas de los hombres y trazan nuevas fronteras entre los países. Mi propio telegrama Zimmerman* del amor, carajo. Sólo para tus ojos, nena.

El problema era cómo darle la cartita. Ideas tenía muchas, pero todas igual de idiotas: desde el ramplón envío por correo a una dirección que ni siquiera conocía –y ora ve y dile a uno de tus espías que te la averigüe para que luego ella se entere de que alguien anduvo pidiendo su domi-

* En 1917, el ministro alemán de asuntos exteriores, Arthur Zimmerman, envió un telegrama al embajador alemán en México con instrucciones de incitar al gobierno de Venustiano Carranza para formar una alianza contra Estados Unidos. Este telegrama fue interceptado por la inteligencia británica y se dice que este asunto aceleró el ingreso de EU a la primera guerra mundial. (N. del A.)

cilio y así cuando le llegue la declaratoria sepa quién anduvo armando tanto borlote para algo que le pudo haber dado en su cara si fuera tan audaz– hasta el tropezón casual y consecuente deslizamiento de la carta al bolso de mano de ella o la súbita aparición de la misiva en su mano por pura masturbación mental.

Llegué al lugar, con la pura intención de la espontaneidad. Al inicio de la primera hora de clase, de pronto la vi remontando una duna.

La belleza despierta lo sublime en nosotros. Le di a mi sesión universitaria la importancia que debía darle y, en un rapto de aventurera improvisación donjuanesca, de esos que tan malos resultados me dan, bajé al patio y me acerqué al automóvil de ella para ponérsela en el parabrisa, bajo el limpiador, aprovechando que el panorama estaba más o menos despejado durante el inicio de las clases. No podía creer mi suerte. Creí hacer honor entonces a la tan manoseada frase "la fortuna sonríe a los atrevidos", así de fácil. Pero, estaba sacando muy contento la carta del bolsillo del pantalón, cuando reculé pensando otra maldición maternal porque ya le había caído la mosca a la leche.

Tan bonitas que me estaban saliendo las cosas, y en ese momento tenía que haber llegado la encarnación del mal. El más detestado de los profesores por exigente y reprobador. Un gárrulo ojón, jetón y sarcástico que reprobaba con la liberalidad genocida de un tiranuelo sudamericano.

Por una rara coincidencia, venía acompañado por otra maestra no menos querida de la humanidad; una arpía proveniente del tiempo de las momias que enseñaba historia del arte con metodología propia de parvulario, le decían la Monja y se vestía como tal: falda oscura al tobillo; zapatos de hebilla plateada, que debían ocultar una daga envenenada en la punta; la neurosis desaforada... Ambos se caían como patada de mula en los ovarios, pero ahí venían el par de fariseos, juntitos como si fueran amantes.

–Buenos días, jovenazo –me dijo el inoportuno, con una sonrisa de que ya te vio en la movida.

–Muy buenos, maestro –contesté sonriendo con hipocresía, mientras la vieja también me daba los buenos días, pero mirándome con desconfianza, adivinando a las claras el poco gusto que me daba encontrármelos a esas horas de la mañana. Bruja maldita. Se le notaba el placer de

que ya no me dejaron hacer lo que me proponía. La móndriga me echaba ojos de ahí te estás.

Ni modo. Me regresé a la mazmorra, en donde tuve la mala ocurrencia de guardar la carta en mi portafolios, y así todo el plan se arruinó gracias a la involuntaria labor de contraespionaje de una Mata Hari de ocasión.

¿Cómo fracasó el operativo? Ahí va: en un receso me salí para ver a mi amada, a quien había decidido entregar la carta en propia mano a la salida, y en la mera puerta la Arcelia, a la sazón una de las compañeras, para más señas una *darketa* ninfomaniaca de ojos picarescos y lengua florida, de quien –por cierto– se rumoreaba que pretendía sorberme el tuétano de los huesos, me atajó con el manido pretexto de pedirme unos apuntes sobre el lenguaje de las manos.

Ahí están en mi portafolios, tómalos.

Pantagruélico error. Mientras yo estaba en otros asuntos, ella abría, primero, mi portafolios y, segundo, mi sentida declaratoria de amor.

¡♥! ¡💣!

¿Y luego?

A la salida de clases, el panorama estaba

completamente despejado. Fermina estaba a punto de abordar su automóvil cuando decidí sacar la carta para entregársela así, en su mano, sin tanta faramalla, abiertamente y para que ya se riera de lo lindo de mí. En un momento iba a decidirse mi destino. En un instante iban a terminarse las medias tintas, las ambigüedades, mi incertidumbre. En un tris de nada iba a saber si ella y yo estábamos destinados a la sagrada comunión de las pieles o me iba a quedar como un pazguato. Acabé siguiéndome de largo, asombrado, anonadado e impotente ante un suceso inesperado.

De balde busqué la carta. Conforme caminaba hacia mi amada, uno por uno fueron saliendo el desmadre de mis apuntes, el acordeón que no había encontrado durante el examen del Picochulo, las copias del sistema operativo de pe/ce con que don Salado nos enseñaba virtualmente y con virtuosismo computación a falta de computadoras, una servilleta manchada con la grasita del sándwich de jamón que me zampé a las once, un cacho de boleto para la función de las *cocottes* del Folies Bergère que dieron a las veintiuna del miércoles pasado en el teatro Alarcón, una

encuesta del Instituto Federal Electoral sobre la (in)credibilidad de las elecciones, el volante de una papelería *lounge* que me dieron en la Plaza de Armas, un recibo de la compañía telefónica *cosmodemónica* (diría Miller), dos fundillas de hule que un camarada borracho me regaló en una fiesta para que los usara en caso de incendio y pura madre de la carta.

A lo lejos, alcancé a ver a la Arcelia, con la enigmática sonrisa de la Gioconda mientras me miraba buscar algo que no hallaba en mi portafolios, a dos pasos de mi amada. Sí, la misma que el otro día me gritó "adiós, corazón" en presencia de dos condiscípulas mías. Ni duda cabe de que ese día acabaron de atarse ciertos cabos.

Me volví el almuerzo de mis compañeritas. Aquellas conciencias apostólicas me acababan a tijeretazo salvaje, siempre con la discreción última, cínica, de silenciarse las malas lenguas cuando me acercaba. Nomás se me quedaban viendo, se ahogaban de las risas amordazadas. Yo hacía como si no pasara nada. Me hice pendejo para no confirmar los rumores del río. Que pensaran lo que se les diera la gana, que nunca escucharan de mi boca un corrobore, que se quedaran con la

duda y que al fin se les olvidara. Era un dechado de serenidad maldiciéndolas por debajo.

Mi aventura de la carta se acabó, pero no se acabó lo demás. Tras fracasar la intentona, no volví a pensar en mensajes en el papel ni en acometer ninguna acción que me aproximara a mi amada. De todos modos, sólo se iba a burlar de mí. No era yo con el que se iba a casar, y entonces la mandé al no vuelvas. ¿Cómo iba a querer a una mujer así? Me repetía que ella era una beldad cualquiera, una vulgar aspirante a ama de casa de la que en cualquier instante me iba a aburrir, que al rato iba a ponerle los cuernos con la primera secretaria súper sexy con que me encontrara o, peor, que ella me iba a convertir en un animal de fábula, y no precisamente en una esfinge o en un centauro, sino más bien en el palurdo aquel que rumiaba su condición de cornudo dentro de un laberinto doméstico. Lo mejor era abortar todo, olvidarse de ella y buscar un nuevo prospecto entre los millones y millones de mujeres hermosas que andan por el mundo. ¿No se le antoja una pelirroja neozelandesa al señor? ¿O una morena exótica de Zimbabue? Tenemos también una extensa variedad de trigueñas:

colombianas, ecuatorianas, venezolanas, paraguayas, hondureñas, salvadoreñas, panameñas y hasta canadienses. Ahora que, si *vous préférez*, también hay españolas, francesas, portuguesas, danesas, alemanas, italianas, checas, griegas, turcas, árabes, iraníes, israelíes, marroquíes, japonesas y hasta malayas. Por supuesto, para el aficionado a los productos nacionales, contamos con veracruzanas, neoleonesas, californianas, sonorenses, michoacanas, guerrerenses, yucatecas, tabasqueñas, quintanenses, poblanas... Y hay grandes y pequeñas, delgadas y voluptuosas, verdesonas y en su punto, cariñosas y quisquillosas, detallistas y valemadristas, profesionistas y hogareñas, conservadoras y liberales, recatadas y audaces, heterosexuales y alternativas...

Qué fácil se me hizo entonces pensar que me iba a olvidar de ella ante las inmensas posibilidades que ofrecía la galaxia. Por lo pronto, mientras se acercaba el fin del semestre, me contentaba con ese juego erótico que manteníamos Fermina y yo a la distancia, siempre pensando que, a pesar de todo, ella se encontraba al alcance de mi flecha envenenada de amor –porque dice el sabio Ovidio que toda mujer es asequible– y

que sólo hacía falta un leve esfuerzo de voluntad para hacerla mía.

Me gustaba que me viera con un dejo de burla cuando andaba con sus compañeras, porque ello quería decir que al fin y al cabo no le era indiferente; me gustaba que su felicidad se agigantara envanecida, y sin embargo anhelante, cuando me miraba a solas; que me buscara con nostalgia apurada entre los jovenzuelos cuando me le perdía de vista; que me mirara con el engreimiento del ya sé que te encanto, corazón, pero nunca voy a ser tuya porque me caso con otro; que aun así, me mirara con cara de circunstancia cuando me descubría en los juegos de manos con mis amigas; que caminara delante de mí con los andares de una modelo sudamericana; que me mostrara orgullosa la satinada turgencia de sus muslos, sentada al borde de las jardineras; que adelantara su torso, ostentando las delicias ocultas de sus senos, duros y puntiagudos, como mangos, mientras me miraba bajo la esquiva sombra de las palmeras, y que llenara el espacio con su aroma, con su voz, su presencia.

Extraña fiebre me aquejó por aquellos años, de manera que la amaba y me persuadía de que

no confesarle mi amor –aunque ella tuviera sospecha de él, aunque otras se lo dijeran–, escatimárselo guardándomelo en lo más lóbrego de la selva negra de mi anatomía, era la manera como iba a convertirlo en algo más profundo. Para mí era más hermoso amarla a la distancia, porque la cercanía aniquila los ensueños.

Y sin embargo, no escapaba al dolor. La costumbre a ese oscuro placer y la inminente falta del mismo me hacía necesitar a Fermina como no había necesitado nunca una droga.

Como un planeta que orbita alrededor de un astro mayor, mi cuerpo se sentía unido al suyo. La adivinaba, la sentía próxima en los callejones de aquel lugar de agua y oro. La seguía incluso por los vericuetos de la ciudad, para luego alejarme de ella temeroso de que me descubriera acechándola como un secuestrador, que se arruinara el placer de lo furtivo. En su ausencia, olía el verano de su piel, enredaba mis manos en su cabello y besaba el vino maduro de sus labios hasta ponerme beodo.

Alguna vez llegamos a encontrarnos, nuevamente, sin mirarnos, en el mercado Hidalgo, en la plaza de armas, tomándose una nieve

en Aranzazú, a las afueras del cinematógrafo Alameda, a la entrada de la Ópera el día en que Malebranche vino a San Luis para cantar *Turandot*, entre la salvaje vegetación del parque Tangamanga, paseando en góndola veneciana por el Lago Mayor, con el magnífico trasfondo de los cerros y el cielo bermellón del atardecer. (Un día la vi en el periódico, retratada con su marido en plena ceremonia nupcial; flanqueda por sus padres, por los suegros, los padrinos; resguardada por una parentela de guardias pretorianos malencarados. Se casó poco antes que terminara el semestre en el templo de San Francisco, en donde sentí su presencia una vez mientras ella andaba de luna de miel en el fin del mundo.) La miraba con la mirada que posee. La deseaba y me la escatimaba para amarla más. La amaba con una sexualidad mórbida.

Sus ojos eran seductores en la posibilidad que anunciaban. Sus piernas, deliciosamente torneadas y firmes –desde luego, portaestandartes de la belleza–, eran una de las partes que más me fascinaban. Deseaba también su seno y hasta la blandura de su vientre; y sus manos, y sus brazos ansiosos de arrullar la vida, y sus partes

todas incitadoras de mis caricias etéreas, de mi sexualidad platónica. Y en medio de aquella anatomía para amar, mis pupilas se excitaban, asimismo, por un inusitado elemento de la fisonomía femenina.

Su nariz. Recta y afilada, era como un tercer pezón; discreto, pero apuesto. Se parecía a la de la Garbo. Mi bella Fermina, mi reina Cristina, Ninotchka querida. Toda ella era una diva luminiscente en la pantalla de mi memoria, esa oscura región en la que el ritual imaginario le daba comunión a nuestros cuerpos de luz.

La historia de mi amor etéreo transcurría parsimoniosa en aquella dimensión paralela donde se hacen realidad las fantasías, pero mi vana persuasión le dio una velocidad diligente a los días del caracol y un día tuve que decirle, ahora sí, adiós.

El siguiente semestre ingresaron a la facultad varias jovencitas, las nuevas bellezas. ¿Nuevas musas de mis embelesos? No. Era la de ellas hermosura de ocasión, de un momento, de una semana cuando mucho. Después no me importaban nada. Esos vanos amoríos, efímeros, acabaron

por transformarme en una especie de moscardón frívolo que zumbaba de una flor carnívora a otra, bailando al compás de sus perfumes inspiradores y siempre huyendo por los pelos de su mal humor. Era un placer que a la postre se volvía un fastidio. Ultimadamente, era presa de un tedio funesto.

Para desaburrirme busqué diversión no en la música, ni en la poesía o el cine, sino me hice aficionado al espionaje visual, por medio de un telescopio desde la azotea. De particular interés me resultó una pareja cuyas infidelidades mutuas y constantes altercados me convencieron de que había escapado de una situación en la que no me hubiera gustado verme. (O que otros me vieran.)

Y así, un vigor inusitado me enderezó el ánimo y creí llegado el día de la liberación. ¡Qué estúpido! Estaba a punto de recibir un nuevo golpe del destino. Cuando menos se lo espera, algún suceso exhuma las reliquias del amor.

Un día, a la salida de la jornada estudiantil, me emboscó un trío de bandoleros cuyas miradas inflamadas por la venganza me hicieron sentir como en película de vaqueros que se encuentran en la vastedad del páramo, a mediodía, para matarse a balazos. Sí, en el cielo se cernían

ya unas sombras como aves de rapiña. El trío me salió de pronto, al paso, aprovechando que ese día iba solo y que no había más que esferas de yerba seca rodando en medio del vientecillo.

Les vi los rostros a cada uno de ellos para averiguar los visos del negocio. Me parecía haberle visto ya la cara a uno de ellos en alguna ocasión, pero no me acordaba dónde. Y fue este rostro familiar el que me preguntó si yo era la persona que andaba buscando, que es una forma retórica de decir que averiguó si yo me llamaba Fulano de Tal. Y cuando le dije que sí, comenzó a insultarme agarrándome de las solapas y me endilgó una culpa de la que yo ni siquiera sospechaba: su mujercita lo engañaba con el pensamiento.

Me increpó el, llamémosle cornudo imaginario, que con qué derecho andaba tras de su esposa inconquistable, que qué diablos le di a ella para que hablara en sueños de ciertos placeres prohibidos, de anhelos amorosos que nunca se cumplieron, de una boca que nunca dijo las palabras, unas manos que jamás tocaron, unos labios que no besaron y un nombre que no debía mencionarse en determinados ámbitos so pena de una venganza bíblica.

Y desde luego, ya se imaginan cuál era ese nombre. Pero lo que ni ustedes ni yo nos hubiéramos imaginado es que en ese momento el marido minotaurizado iba a sacar de su bolsillo, para agitar en mis narices y romper en pedazos, cierta carta extraviada que, maravilla de maravillas, por alguna arte desconocida encontró al fin su destino. Y ahora sí se imaginarán lo que sucedió inmediatamente.

Seis puños furibundos se abalanzaron contra mis adjudicadas pretensiones de conquistador, contra mis ensueños amorosos, ese mediodía de incursiones punitivas. Tres pares de pies molieron mis costillas. Me insultaron, se burlaron de mí, me escupieron y me volvieron a madrear. Me dejaron como santocristo. Dolorido, ensangrentado, débil y, sin embargo, feliz de haberla hecho hablar. De permanecer unido a ella a pesar de la distancia.

Es tan grande el corazón de la mujer, que puede albergar el amor a dos hombres. Yo era su amor desconocido, su amor más allá de lo palpable e inmediato, su amor inalcanzable. Un amor encendido que le recorría los muslos y que ella sumergió en las profundidades de su corazón. Cómo no iba a quererla, entonces, más que nunca.

Ahora que por un inesperado capricho del destino me enteré de que ella y yo estábamos casados en el mismo dolor, ya podía olvidarme de mi circunstancia. Y mientras era vapuleado por todo el odio del mundo, liquidé el dolor de la soledad bajo el amparo del rostro doncel y la mirada prometedora de mi amada; en el travieso susurro de su voz y la sensación de su cuerpo; en el prístino recuerdo de sus andares de cervatillo y, claro, del grácil requiebre de sus caderas; en la evocación de su piel como las rosas y de sus manecitas felinas.

Todo iba de maravilla.

Y así, conforme las arenas de la existencia caían sobre la ciudad y a todos nos salían más hebras de plata en la corona, mientras las estaciones se sucedían una a otra y nuevas generaciones ocupaban los lugares de sus antecesoras, sin darme cuenta sucedió que no volví a ver a Fermina ni supe nada de ella en mucho, mucho tiempo.

Una mañana, hojeando el periódico, me enteré de la noticia de mi primera viudedad. Se anunciaba en una esquela el reciente fallecimiento de mi amada recóndita, para entonces nuevamente olvidada. La misa sería en la parroquia de San Sebastián, y

el entierro, en el nuevo Saucito. Cuando llegué al panteón, encontré al cortejo en las postrimerías del acto. La familia de Fermina le daba el último adiós a la madre, a la abuela, a la esposa. Me acerqué a dar el pésame. Abracé a la mujer que pudo ser mi hija, con esos ojos negros, amorosos, de su madre, y ese rostro que era la evocación eterna de mi amada, ahora sí perdida para siempre. Saludé también a mis nietas. A mis nueras y a mis yernos. A mis sobrinos y ahijados. A él.

–Una verdadera pena. No saben ustedes cuánto lamento este acontecimiento –le dije a toda mi parentela imaginaria, reunida en derredor del santo sepulcro.

Y ellos asentían con la cabeza, y lloraban. Y entonces yo me les acercaba y los abrazaba para reconfortarlos, para reconfortarme a mí mismo en esa hora de dolor.

–Es un viejo amigo de la familia –dijo él cuando alguna de las chicas comenzó a murmurar y quién es este.

Ahí, entre la piedra de los sepulcros y las exhalaciones de los claveles, un suave viento nos traía la elegía de los pájaros para la muerta, y todo rencor quedaba saldado en el fraternal saludo.

–Efectivamente, se trata de una verdadera pérdida. No nos queda más que el consuelo de su memoria viva.

Y así es como yo la recuerdo ahora, y hago que su presencia llene mi casa, todos los días, como canto de aves multicolores.

De todos los recuerdos de nuestro noviazgo inexistente; de todas las reminiscencias de nuestro matrimonio fabulado; de nuestros sueños y nuestros afanes; de todas esas memorias que dejamos al olvido, recuerdo la última vez que la vi.

Mucho tiempo después de que ella había salido de la universidad, mucho tiempo después de que su marido me había golpeado a causa de mis seducciones a la distancia, volví a verla, y me sentí vivo con el resurgir del dolor; esa pasión con una amiga que habita la memoria; ese amor loco, inútil, y sin embargo, gozoso e insuperable.

La encontré un mediodía en la Plaza del Carmen, con el marido, muy cariñoso con ella, por cierto, y una niña, nuestra hijita, la hermosa criatura nuestra que no hubiera existido si otras hubieran sido las circunstancias de nuestro inefable *ménage à trois.* Estaban muy en lo suyo los tres en medio del mundanal, de los puestos de fritangas, de los

vendedores de globos y los expendios ambulantes de jícamas, de papas fritas y de flores, del revoloteo de las palomas y el verdor de los árboles, de los destellos del sol en la Fuente de las Truchas, del espíritu sacro del Templo del Carmen y los aires paganos del Teatro de la Paz. Y yo también estaba muy en lo mío con ellos. Con ella. Fermina ni siquiera me vio mientras yo volvía a entregarme al placer sublime de contemplar las fascinantes manifestaciones de su belleza.

Mi mente viajó a la velocidad de las estrellas hacia el pasado, hacia una mañana de enero inusitadamente cálida, cuando ella se inclinó para tomar a nuestra hija entre los brazos y la alzó para darle un beso, con mucha ternura, en la mejilla. Me mostró así una de las mil facetas del amor: el amor de la madre. Y de pronto, al volver hacia mí su rostro risueño, iluminado por los reflejos coruscos del agua en la fuente, viendo hacia mi dirección y sin embargo sin mirarme, ciega de felicidad maternal, miré una vez más, durante una microscópica brevedad, la otra faceta de su amor que sólo me pertenecía a mí. En ella brillaba el mismo amor que hicieron nuestros ojos la primera vez que nos vimos.

Una carta de amor *e-book se realizó en mayo de 2009. El diseño y cuidado de esta edición estuvo a cargo de Cocodrilo Atrabiliario.*